

EL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

CELEBRA SUS BODAS DE
PLATA UNIVERSITARIAS

EN el espíritu del hombre hay dos voces que no mueren, que nunca dejan de resonar: la voz de la tierra y la voz de la juventud. Es inútil que la vida nos aleje de la tierra natal y vaya amontonando experiencias y reflexiones sobre la ilusionada alegría de aquellos años primeros. No importa que estemos ya lejos del escenario de nuestra infancia. Ni que la juventud sea ya solamente una bella palabra. No importa. Los dos sentimientos viven una soterrada vida entre nosotros, como lumbré milagrosamente conservada bajo cenizas. Y un día—un día entre los días—sentiremos que nos llaman aquella voz de la tierra y aquella voz de los años jóvenes. Es en las grandes horas, en las que acaso se marcarán con trazo decisivo sobre nuestros rumbos. Todo un mundo de viejos, de adorados fantasmas se alzarán entonces ante nosotros, repentinamente. Y el alma se hundirá con gozo en el recuerdo de unos paisajes envueltos entre brumas doradas y de unas horas en que la frente tenía, como en el viejo verso rubeniano, «una sed de ilusiones infinitas».

Ara sus surcos el tiempo, mas en el espíritu tienen una gracia verde y florida los años de juventud. Paso débil, palabra lenta, fatigada mirada, allá van filósofos e investigadores, vidas encanecidas en el aula, en la clínica y en el laboratorio. Y de pronto, poniendo una chispa nueva en los ojuelos cansados, el recuerdo de la juventud asoma, traído por una anécdota, por un rostro borroso,

por un olvidado rincón. Al conjuro de lo recordado cobra vida incorpórea aquel mundo de treinta, de cuarenta, de cincuenta años antes. Reflexión, experiencia, seriedad... Graves palabras, que pierden súbitamente su sentido, vencidas por el perfume distante de un recuerdo pueril.

—Yo estudiaba entonces segundo de Patología. Y recuerdo que a mi lado se sentaba un muchacho que...

* * *

Don José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, ha celebrado ahora sus bodas de plata universitarias. Ha ido, para ello, a los pasillos y las aulas de la Universidad en que un día estudió. Ha vuelto a ver a sus condiscípulos y a sus profesores. Ha revivido, ante el mismo escenario y los mismos rostros—éstos surcados ya por el tiempo—, todo un capítulo de su vida.

¡Tantas y tan hondas cosas, para España y para el mundo, desde aquellos días de la juventud ahora recordada! Fueron, primero, las jornadas de la Gran Guerra, de la guerra que se creyó la última. Después, el Bolchevismo y el Fascismo, la Sociedad de Naciones, 1923 en España. El rearme alemán, el General Primo de Rivera, la caída de un trono de siglos. La República, 1934, 1936. Nuestra guerra, y cuando humean aún sus llamas, la nueva y apocalíptica lucha en que se desangra Europa. En el año primero de la paz europea, aquel estudiante que en 1914 ingresa en la Universidad cumple sus bodas de plata con la carrera. Desde que acabó, en 1920, ha sido espectador y actor apasionado de la vida española. Es Ministro ahora, y su frente y su corazón están empeñados en la tarea de vitalizar nuestra cultura, de dar nuevos y más ambiciosos cauces al río del pensamiento, de la ciencia y de la creación de España. 1945: Horas graves, decisivas en la historia del mundo. Nunca la responsabilidad adquirió tan graves contornos. Como en un remanso de paz, el alma de José Ibáñez Martín hace el alto de unas horas en la dura tarea cotidiana y va, en un retroceso sentimental, hacia aquellos días y aquellas aulas de su juventud. Siente

que le llama la voz de la ciudad en que vivió sus días de estudiante. Valencia y su Universidad: la gracia neoclásica de aquel edificio, y su capilla con la Virgen de la Sapiencia, y aquella biblioteca maravillosa en que descansa su linaje de siglos el primer libro impreso en España...

El Ministro de hoy ha querido recordar al estudiante de ayer en las aulas universitarias en que él estudió y soñó, durante los años que fueron de 1914 a 1920. Estaban ahora con él muchos de los estudiantes de entonces, graves varones ya, dispersos por España. Faltaban otros, hundidos en el remolino de la vida. Estaban también algunos de los profesores de aquellos días: curvada la espalda, más temblorosa la voz. Volverse a ver, al cabo de los veinticinco años, tenía para todos una emoción penetrante. La vida había ido haciendo su obra. ¡Y habían sido tan hondas, tan dramáticas para España y sus hombres, las horas vividas desde que un día se separaron en la Universidad unos y otros!

Catedráticos de entonces—Salvador Salom y Ricardo Mur—explicaron una lección a los que ya no eran estudiantes. Unos y otros después compartieron la palabra y el pan. Los instantes tenían una limpia, una noble diafanidad emotiva. Surgían recuerdos, rostros perdidos en el tiempo, escenas de humor o de amor.

—¿No te acuerdas aquel día en que me preguntaron en Prenal y...?

Ahora, en Valencia, con ocasión de sus bodas de plata universitarias, don José Ibáñez Martín ha vivido este paréntesis de nostalgias. Ha sentido en él voces que no mueren nunca, pese a los rumbos que la vida pueda traer. Después, pasadas aquellas horas, Madrid otra vez: lucha, esfuerzo, vigilia. Pero en el espíritu quedaba resonando—como esas melodías que se oyen de niño y que ya nunca se olvidan—el sentimental cascabeleo de unas horas de juventud renacidas al conjuro de unas bodas de plata. El acto había sido allá, en Valencia, en el mismo escenario de entonces, junto a los mismos rostros de entonces, comenzados a surcar ya por el tiempo.

JOSE MONTERO ALONSO